

Pequeño viaje por el país del cuento

Carlos Samayoa Chinchilla

Director de la Biblioteca Nacional de Guatemala

LECTOR, dame la mano y emprendamos juntos un pequeño viaje por el maravilloso país del cuento.

El cuento es anterior a la novela y posiblemente una de las primeras manifestaciones comunicativas del espíritu humano. En el fondo de las edades, un andrajoso conductor de camellos relata a sus compañeros de caravana extraordinarias aventuras de amor y muerte; en una taberna china, a orillas del río Hūang Ho, un mendigo sueña en voz alta, hablando de nunca vistas opulencias; en los ocios de guardia de un campamento romano, un legionario cuenta a sus compañeros de armas lo que él entrevió de una batalla; durante la celebración de las fiestas de Ceres, a la sombra de un laurel y corona-

da de rosas, una bacante describe la sorprendente mañana en que la hija de Agenor fué raptada por Júpiter, disfrazado de toro. Así, en el intento de satisfacer la curiosidad natural del hombre por lo desconocido o dar libre vuelo a su imaginación, nació el cuento.

Cuento es, pues, la relación de palabra o por escrito de una cosa sucedida o imaginada.

Las más antiguas narraciones de que se tiene conocimiento son egipcias y proceden de los siglos XIII y XIV, antes de la Era cristiana, época en que la milenaria India nada puede aún ofrecer en ese género literario. En estos cuentos o narraciones se hallan los antecesores de las Mil y una No-

ches, difundida y bella antología de relatos orientales en la que los sucesos ocurren muchas veces fuera del mundo real, los elementos fantásticos abundan, y a cada momento están presentes los genios, los magos y los hechiceros.

Heródoto, Luciano y el Obispo Heliodoro se aprovecharon siglos después de esos argumentos, dándoles forma más literaria y acorde con el gusto artístico de su tiempo. Noticia de tan afortunado aprovechamiento quedó en algunos papiros egipcios, mereciendo ser citado entre ellos el palimpsesto llamado de Rhampisinito, que el paciente Heródoto trasladó íntegro en sus conocidos Nueve libros de la Historia.

A la zaga va la India con la primera recopilación de cuentos escritos. Esa recopilación es el conjunto de apólogos o narraciones de fines moralistas conocidos con el nombre de *Pantchafangra* y en su seguimiento aparece otra manifestación del espíritu hindú que se intitula *La Hitopadesea*, escrita en lengua sánscrita y entre cuyas páginas se encuentra el famoso cuento Calila y Dimna, que tan señalada influencia tuvo en la literatura española del siglo XIV.

Más tarde los griegos, inspirados por su ágil y brillante imaginación ampliaron el panorama con sus cuentos *jonios* y *milesios*, los cuales pueden considerarse como la primera manifestación del género en Occidente. A ese período luminoso pertenecen Los amores de Lencipe y Clitofonte, de Aquiles de Tacio; Teágenes y Clariques, de Heliodoro; y Dafnis y Cloe, de Longo.

Luciano de Samosata es tal vez el más conspicuo de esos ilustres cultiva-

dores del buen relato. En sus producciones, la ironía, el sarcasmo y la parodia alternan con el razonamiento filosófico; la severidad del moralista y el desenfado del cínico con el fácil gracioso impulso de la fantasía poética. Hay en sus cuentos excursiones al cielo, diálogos con los muertos y los monstruos marinos, epístolas saturnales y descripciones de fiestas y regocijos públicos. Su valor, desde el punto de vista del folk-lore de la raza helena, es inapreciable. Prestan también valiosos materiales para la historia del cuento otros autores griegos como Cebes, Dión-Crisóstomo, Tacio y Apolonio de Tiro.

En el desenvolvimiento de la literatura latina hallamos a Marco Tulio Cicerón que logró recopilar buen número de anécdotas de su época y después tenemos que avanzar dos siglos para encontrarnos con frutos tan logrados como El Satiricón, de Petronio; Los cuentos del asno de oro, de Apuleyo y Los relatos de Lucio de Patras, artistas de la palabra que, en resumen, llevaron a cabo meritoria labor de cuentistas, aun cuando ella no sea muy original.

Luego llegan los árabes, los persas y los judíos, enriquecidos por tradiciones en que se refunden lo índico, lo persa y lo siríaco, que de esta manera y por sus manos pasa de Oriente a Occidente. Dicha traslación es sumamente favorable para las balbucientes letras europeas, pues, gracias a ella, surgen los libros llamados *de caballerías* que, a su vez, contienen los orígenes de la novela y el cuento modernos.

Los eruditos mencionan un libro de cuentos chino, el Shan Hoi-King, atribuyéndole gran antigüedad; siendo

curioso constatar que los elementos fabulosos de esos relatos tienen notoria semejanza con varias mitologías de Oriente y aun con las greco-latinas, por ejemplo: el can tricéfalo (Cancerbero), los gigantes cíclopes, los combates de los enanos con las grullas y hasta pasajes análogos de la legendaria vida de Ulises.

A su vez, los árabes cuentan con una recopilación que, vertida al hebreo primero y al latín más tarde, lo fué también al castellano en la Edad Media, no siendo de extrañar que en este período se incorporaran a la literatura castellana muchas narraciones de origen oriental como el Bonimón, conocido también con el sugestivo nombre de Bocados de Oro.

Las cántigas del rey Alfonso el Sabio contienen abundancia de mitos y relatos de gran amenidad y en el Libro del buen Amor del Arcipreste de Hita el cuento figura con manifestaciones de importancia. Al lado de esas producciones se significan con honor las series *mudéjares* y *aljamiadas*, pudiendo afirmarse que toda la Edad Media fué fecunda en producción de cuentos y narraciones.

El judío español, Pedro Alfonso (Rabí Moséh Sephardi), nacido en el año de 1062, logró reunir en su *Disciplina Clericalis* treinta relatos de sumo interés, parte de ellos mezclados con fábulas y versificaciones que más tarde fueron aprovechadas de manera ingeniosa por Cervantes, Moliere, Boccaccio, Vicente de Beauvais, Jacobo de Vitry y don Enrique de Aragón.

La época, como ya se dijo, fué fecunda para el género: el infante Juan Manuel redacta su libro de Patronio,

trascendental para la novelística popular y, tras él, llegan el bachiller Alfonso Martínez de Toledo, autor de *Corbacho*; Fray Anselmo Turmeda, el Arcipreste de Hita, Ramón Llull, Pedro Mejía, Boccaccio, Mateo Bandello, Doni, Luis Guicciardini, Belleforest y cien más.

Así llegamos al Renacimiento, brillante período de fino idealismo y fervor platónico, en el que se establece de manera cierta y definitiva la diferencia entre el cuento popular, transmitido de manera oral, la mayor parte de las veces, y el cuento literario o sea la obra fruto de la imaginación.

En principios de época tan lucida, sus cultivadores son numerosos, y es Italia la nación que puede vanagloriarse, con justicia de haber llevado el cuento a su más alto grado de finura y esplendor. Menéndez y Pelayo dice que ese florecimiento fué «la producción del cuento por el cuento mismo, como trasunto de la varia y múltiple comedia humana y como expansión regocijada y luminosa de la alegría de vivir. El cuento usual, irreverente y de bajo contenido a veces, de lozana forma siempre, ya trágico, ya profundamente cómico, poblado de extraordinaria diversidad de criaturas humanas con fisonomías y afectos propios, desde las más viles y abyectas, hasta las más abnegadas y generosas; el cuento rico en peripecias dramáticas y pormenores de costumbres, observados con serena objetividad y trasladados a una prosa elegante, periódica y cadenciosa, en que el remedo de la facundia latina y del numen ciceroniano, por lo mismo que se aplican a tan extraña materia, no dañan a la frescura y gracia de un arte juvenil, sino que la realzan por el contraste».

Sus altos exponentes son: Juan Boccaccio, Mateo Bandella, Juan Francisco de Caravaggio, Sacchetti, Sabadino degli Arienti, Poggio, Maquiavelo, Ariosto y algunos otros.

En Francia el origen del mérito de los cuentos en esa época hay que buscarlo en los *fabliaux*, narraciones de carácter jocoso —galante— satírico. Sus más destacados animadores fueron: Latour, Landry, Margarita de Navarra, Nicolás de Troyes, Rabelais, Enrique Etienne, Guillermo Bouchet y el Abate Brantôme.

El cuento literario está dignamente representado en Inglaterra, durante esa época, por Godofredo Chaucer, llamado con justicia el Boccaccio inglés.

Su obra más característica es Los cuentos de Cantorbury. Se hombrean con él, Dryden, Prior, John Hoveden, Hawkesworth y Charles Dickens, autor de los encantadores cuentos de Navidad.

Las tradiciones populares y los mitos religiosos de la vieja Germania se manifiestan en Alemania por intermedio de Hartman Von der Aue (siglo XIII), la colección reunida en el siglo XVI con el título *Till Eulenspiegel*; algunas series latinas; la compilación *Joco seria*, de Oton Melander y varias obras de Hagendorn, Gessner, Wieland, Pfeffel, Heine, Von Chamisso y, sobre todo el alucinante Hoffmann.

El cuento moderno, evolucionando lentamente a través de las etapas del mito, la fábula, la saga, la leyenda y la narración folklórica, no es un ensayo o esquema de novela corta, como generalmente se ha pretendido, pues ese género tiene un carácter propio que

necesita una técnica especial en la que la descripción queda reducida al mínimo, a pesar de que él debe encerrar, de manera completa, un pequeño mundo de humanidad, paisaje o sentimiento.

En Europa han sobresalido, cultivándolo: Piferrer, Milá Coll y Vehí, Soler, Selgas, Becquer, la señora Pardo Bazán, Valera, Galdós, Fernán Caballero, Blasco Ibáñez, Menéndez y Pelayo, Eusebio Blasco, Alcober, Trueba, Valle Inclán, Miró e Insúa, en España; Voltaire, Balzac, Catulle Mendés, Alfredo Musset, Flaubert, Maupassant, Samain, Emilio Zolá, Sand, Coppée, France, Daudet, Janín, Bandeville, Nodier, de L'Isle Adam, Armand Silvertre, y los hermanos Gaurmont, en Francia; Iván Turgueneff, Tolstoi, y Massoch, en Rusia; Charles Dickens, Defoe, Oscar Wilde, Kunst, Kipling, Wells, Bennett, y Galsworthy, en la Gran Bretaña; D'Annunzio, Gubernatis, De Amicis, y Salvador Farina, en Italia; los hermanos Grimm y Max Müller, en Alemania; y Hans Cristian Anderson en Dinamarca.

Narrando en prosa hechos ficticios o reales y con escenario o elemento humano de América, existe ya una brillante pléyade de cuentistas, sus manifestaciones pueden considerarse como un verdadero aporte de carácter novísimo del género. Las tendencias más favorecidas hasta la fecha, han sido la costumbrista y la regionalista, pero no faltan buenos ejemplares de otras índoles. En atención al corto espacio que debe ocupar un recuento de esta naturaleza, citaremos los siguientes:

Ricardo Palma, nacido y muerto en la ciudad de Lima, Perú (1833—1919), fué uno de los precursores de

su obra, bastante extensa, es notable por el interés y entusiasmo con que dió vida a personajes y episodios casi olvidados. Sus tradiciones peruanas fueron publicadas en ocho series, entre 1872 y 1891; en 1899 y 1906 aparecieron otros dos volúmenes, a los que siguió un apéndice de las últimas en 1910, y Las mejores Tradiciones Peruanas, en 1918.

Horacio Quiroga, uruguayo (1878-1937) nació en Salto y vivió en su tierra natal hasta la edad de 23 años. En la ciudad de Montevideo fué uno de los fundadores del Consistorio del Gay Saber, grupo literario consagrado al cultivo de las bellas letras. Años más tarde, Quiroga, dedicado por completo al cuento, pasó largas temporadas en las inmediaciones del Alto Paraná, lugar donde el hombre vive en estrecho contacto con una ruda y magnífica Naturaleza. Su obra, vasta y sugerente en grado sumo, se caracteriza por los fuertes elementos de horror, terror y odio que animan a sus protagonistas. Sus libros de cuentos más conocidos son Cuentos de amor, de locura y de muerte (1917); Cuentos de la selva (1918); El salvaje (1920); El desierto (1924); Los desterrados (1826); y Más allá, aparecido en 1934.

Javier de Viana, también de nacionalidad uruguaya, nació en 1872 y falleció en 1926. Su infancia transcurrió en un rancho o fundo familiar, y de las impresiones en él recibidas con arte y originalidad, extrajo los materiales empleados más tarde en sus relatos que pronto le dieron gran renombre. Su estilo es vívido y siempre ajustado a la realidad del paisaje y del ambiente. Sus obras más difundidas, son: Campo (1896); Gaucha (1899); Macachines (1910); Yuyos (1912); Leña

Seca (1913); Cardos (1914); Gurí y otras novelas (1917).

Rufino Blanco Fombona, nació en 1874 y murió en 1944. Nació en Caracas y dedicó buena parte de su obra a exaltar la prócer figura del Libertador. Hombre de vasta ilustración y muchos idiomas, escribió con donosura una serie de historias cortas que lo hicieron famoso. Ellas se intitulan: Democracia criolla y Molinos de maíz, Cuentos americanos (1913) y la Lámpara de Aladino (1915).

Juan Bosh, vió la luz en la Vega, Santo Domingo, en el año de 1909. Viajó por Europa y los Estados Unidos. Es autor de varios tomos de cuentos, muchos de los cuales han merecido ser traducidos a otros idiomas. Su labor más importante en ese sentido, puede resumirse en: Camino real (1933); Indios (1935); y La mañosa (1936).

Edgar Allan Poe, norteamericano (1809—1849), escribió bajo el título de Historias extraordinarias, varios cuentos que son modelo de literatura imaginativa. Entre ellos merecen citarse: El Escarabajo de oro, El infundio del globo, El misterio de María Roget, El demonio de la perversidad, El gato negro y Pequeña discusión con una momia. Su influencia y buen gusto son innegables.

Benito Lynch, argentino nacido en 1885 es maestro en prosa y sentir gauchesco. Con estilo, sugestivo y poderoso, crea hombres y paisajes en unas cuantas líneas. Su realismo nunca llega al lugar común. Sus libros más importantes son: Plata dorada (1909); Los caranchos de la Florida (1916); Raquela (1918); Las mal calla-

das (1923); El inglés de los güesos (1924); El antojo de la patrona (1925); El romance de un gaucho (1933); De los campos porteños (1931).

Mariano Picón Salas, venezolano nacido en 1901, es uno de los guías del pensamiento en la América Latina. Su obra como cuentista es brillante y original. Ha viajado por todo el Continente y sus trabajos son muy conocidos y apreciados. Con delicadeza, fidelidad y amor, evoca las regiones andinas y hace personajes de carne y hueso de sus personajes.

Ricardo Güiraldes (1886—1927) es el autor inmortal de Don Segundo Sombra, personificación del espíritu noble y altivo de la pampa argentina. Sus obras más difundidas son: Cuentos de amor y de muerte, Raucho y Xaimaca. Fué uno de los iniciadores más conspicuos del movimiento literario que ahora anima a la intelectualidad argentina y, posiblemente, uno de los mejores escritores de la América Española.

Dr. Atl, mexicano, cuyo verdadero nombre es Gerardo Murillo. Polifacético y admirablemente dotado, nació en el año de 1875. Sus publicaciones más importantes en el género, son: Cuentos de todos colores, tres volúmenes (1933); El Paisaje, del mismo año; Cuentos bárbaros y Un hombre más allá del Universo, novela.

Rómulo Gallegos, gran novelista nacido en el año de 1884. Sus relatos son verdaderos kaleidoscopios de los campos y montañas de Venezuela, su

Patria. El elemento folklórico abunda en páginas escritas con sencillez y gran conocimiento del idioma y de las escenas que describe.

Salvador Salazar Arrué, nacido en El Salvador en el año de 1899 y se ha distinguido como pintor y como escritor. Sus Cuentos de barro son modelo de concisión, originalidad y donaire. Con suma discreción usa los dichos del pueblo salvadoreño y da aliento a sus concepciones. Irónico y tierno, a un mismo tiempo, es un verdadero exponente del alma de su pueblo. Últimamente publicó varios cuadernos con el nombre de Cuentos para cipotes.

Ventura García Calderón, peruano, nació en 1885. Su compilación de narraciones incaicas denominada Ushanan Tampi, está llena de encanto de las cosas abolidas. Son notables, en otro orden, El Alfiler, La venganza del cóndor y otros cuentos en los que el paisaje de la puna peruana cobra vida y movimiento gracias al talento imaginativo de su autor.

Alfonso Hernández Catá, (1885—1940) nació en la isla de Cuba y vivió varios años en España, Inglaterra, Francia, Dinamarca y Portugal. Sus colecciones de relatos cortos son sorprendentes por su amenidad y justo sentido de lo que debe ser el cuento. Las principales son: Los frutos ácidos (1915); Los siete pecados capitales, (1919); Cuentos pasionales, (1920); Cuentos preciosos, (1927); y Sus Mejores cuentos (1936).

Con relatos de sentido y ambiente netamente americanos figuran, además, Ricardo Rojas, Alberto Gerchunoff, Jorge Luis Borges, Germán Arciniegas, Alcides Arguedas, Enrique López Albújar, Ciro Alegría, Mariano Latorre, Carmen Lira, Martín Luis Guzmán, Víctor Domingo Silva, Ricardo Fernández Guardia, Armilo Abreu Gómez, Jesús del Corral, Luis Manuel Urnaneje A., Arturo Uslar Pietry, Al-

fonso Reyes, y los escritores brasileños Euclides Da Cunha, Alfonso Arinbos de Melo Franco, Gustavo Barroso, José Benito Monteiro Lobato, José Lins do Rego y Mario de Andrade, quienes por medio de sus maravillosos cuentos, están dando una hermosa y fuerte visión de los paisajes físicos y espirituales del Nuevo Mundo.

Guatemala, agosto 1949.

